

LA CALLE DE LOS FRESNOS

Saúl Juárez

Cumples cuarenta y seis años y no encuentras qué hacer más allá de sentarte en la banca de siempre y desde ahí contemplar el frontón barroco de la parroquia. Sientes que te has pasado la vida sin dejar de tener presente, ni un día siquiera, el vuelo de las palomas y la estatua del fraile.

No deja la gente de dar vueltas en la plaza. Nada se mueve, nada cambia. Aquí siguen los mismos fresnos de hace trescientos años. Trepas la vista por la enredadera que escala el muro más alto de la iglesia. Desde lo alto se descuelgan los recuerdos: a los dieciséis estabas en la botica de los tíos, aquí por la calle Galeana; se organizaba ahí el mundo mediante números y señales pegados a cajones y vitrinas, anaqueles con porrones de porcelana y extrañas inscripciones en latín, frascos en los que se guardaban polvos, pócimas contra el mal de espanto, jarabes y ungüentos para la tosferina; había un recetario de miles de hojas en el que bien se podía encontrar solución para los ataques de nervios o la manera de preparar el agua alcanforada o de rosas, las sales aromáticas y hasta el discreto perfume propio para contestar una carta. Entonces esta ciudad era un pueblo que aunque todavía no te señalaba ya daba muestras de hacerlo.

Entre los olores de alcohol y de genciana, besaste a un primo al tiempo que dejabas caer un frasco de mer-tiolate. Recuerdas bien que cerraste los ojos y el beso se extendió sin medida. La mancha roja también se alargó sobre el mosaico con la misma facilidad con la que creció el escándalo en la familia por la indiscreción del primo. Él fue el primero pero luego siguieron otros, más expertos quizás pero era el mismo beso que a partir de entonces se empezó a repetir sin que tú pudieras ni quisieras controlarlo. Un beso que pronto sella el pacto de la intimidad que nace. Un beso repetido como una dulce sentencia.

Y bien sabes que no es del lado romántico que te llegan estas evocaciones: al primo lo olvidaste a la tarde siguiente como has borrado de tu mente a tantos otros. De él quedaron, como de los demás, sólo las caricias de sus manos, así, lejanas, sin dueño, seres con vida propia a los que no puedes escapar. ¿Cómo negarte a la sensación de una mano fresca entre tus muslos?, te preguntas al entrar a la cafetería de siempre.

A tus veinte años ya se peleaban por ti, podías elegir. Sólo esperabas, sin que te importara lo que ya desde entonces se decía de ti, sin comprender, sin aceptar, mejor dicho, las acusaciones y los gritos cotidianos de tu familia. Te sabías distinta a las demás mujeres, te gustaba ser diferente. Tomabas lo que querías y en ello no veías ningún daño. Casi secretamente te admirabas. Tu fama, antes de los veinticinco, ya hacía tiempo que había traspasado las fronteras de Zitácuaro. Vivías sola en una casita del centro que te dejó de herencia un tío que apenas te conoció. Tus padres murieron antes de cumplir los sesenta, de pena, aseguraron las chismosas de siempre. Pero entonces no sabías lo que era sentirse sola. Además, ya eras parte esencial del paisaje del pueblo, no había fiesta a la que no te invitaran a pesar del temor de las madres con hijos adolescentes y de los miedos de las mujeres casadas. ¡El propio cura te encargó varias campañas para recolectar fondos! Eres un mal necesario, te dices mientras traen tus cigarrillos y la taza de té.

Miras a un joven desconocido que lee un libro en la mesa de al lado. Te fijas en sus manos largas de dedos afilados posadas sobre las flores del mantel. Subes tus ojos hasta sus labios y sabes que la ceremonia empieza aunque la mirada de él no se despegue de la lectura.

A ti también te gusta leer. Consigues revistas en las que se habla de modelos y artistas que habitan un mundo tan distinto al tuyo, tan lejano, tan lleno de viajes, puestas de sol, hombres bronceados y

siempre elegantes... Vuelves a la realidad y a los ojos del joven que van y vienen de un lado a otro de la página como el carro de una máquina de escribir.

¿Cómo serían esos mismos ojos si te miraran desnuda? ¿Cómo verían tu cuerpo abierto sobre la cama? Los imaginas asombrados siguiendo cada una de tus frases mudas, absortos ante los placeres de una gramática inesperada y húmeda. Prefieres pensar que así sería aunque, en el fondo, sabes que los años ya te cobran su cuota. La firmeza de tus músculos no es la de antes. Tienes estrías en la piel, diminutas grietas que vuelven el camino áspero. Empieza a quedar sólo el recuerdo de una ruta que antes fue lisa y suave como tela fina. No hay manera de ocultar que tus senos ahora caen más de la cuenta y que ya los recuerdos están más vivos que la realidad.

Pero piensas que todavía te queda tiempo. No hay por qué renunciar. Sabes que el joven levantará la vista en unos momentos para encontrarse con la tuya. Nunca antes lo habías visto pero sabes que su boca y sus manos son para ti las mismas de siempre. Con la mirada lo invitas a acercarse pero él titubea. De camino al baño, como si fuera un accidente, le tocas el pelo. Te arreglas un poco frente al espejo y ya sabes que no hay marcha atrás. Sigues adelante, igual que tantas otras veces, sin un asomo de culpa.

De nuevo en tu mesa, pides la cuenta y sales al aire fresco y al murmullo que hace el follaje de los fresnos. Por esa calle, tan familiar, tan tuya, escuchas el sonido de tus tacones sobre el adoquín y sonrías al oír los pasos que te siguen entre las sombras de las casas y los árboles. Vas saboreando cada centímetro de la calle que recorres. Con lentitud y cadencia caminas segura de que ni un solo pedazo de la noche queda libre de tu deseo. Sientes que lo imantas todo, que no existe nada ni nadie que pueda ignorarte en estos momentos en los que te crees ascender a un estrato al que nada más tú puedes entrar. Es una

percepción que empieza a aislarte del mundo, a situarte en una esfera superior. Ya oyes los rumores de la gente, las ventanas que se cierran cuando el joven casi empareja sus pasos a los tuyos y en la bocacalle ambos se detienen. Se quedan unos segundos así, mirándose nada más y plantados como los fresnos. Luego caminan un rato juntos entre callejuelas sucias y casi desiertas. Siguen callados pero ya envueltos los dos en un mismo aire. Entrar a tu casa es sólo un trámite, reconocer los muebles como si llegaras ahí por primera vez es nada más un preámbulo para pasar a tu recámara y encender la vieja lámpara que iluminará la escena que no por repetida se ha desgastado. Al contrario, cada vez la buscas más, la necesitas cada día con más fuerza. Vuelves a ella siempre así como regresas al olor de la sábila quemada, del yodo o del sustrato de adianto. Empieza esta secuencia de imágenes que te afirma, que resume y cuenta tu vida en unas horas, en unos minutos en los que la forma de unos mismos labios se repite y con ello niega todo lo insustancial de la quietud en la plaza. Sigues siendo, des-

pués de cuarenta años, diferente a las demás. Tus sentidos se abren y entiendes que lo que aquí va ocurriendo debe ser pasajero para poder ser real. La verdad está en la búsqueda o en la espera. Ahí habitas tú y aquí recibes los labios anónimos que te recorren toda. No importa que mañana tengas que salir para sentarte en la misma banca, te salva esta noche, te recompone el hecho de abrazar, de morder, de clavar las uñas y gritar. Que te mire la ciudad entera, que te oigan todos en el pueblo.

Y que ahora te vean descansar y fumar en la oscuridad mientras recuerdas las jeringas, el mentol, las cápsulas, los tubitos de cristal verde que guardaban chochos de colores, las pastillas para el insomnio, las píldoras para los fríos, para la diarrea o los aires colados, la mancha roja en el suelo. Sólo tú puedes tirar al fraile de su pedestal o hundir la plaza que vociferante o callada te condena. Nadie más que tú puede provocar que se caiga la cruz de la torre, que se seque la enredadera trepadora. Sólo tú eres capaz de hacerlo pero te contentas con despedirme al filo de la madrugada.

